

la muerte rondaba en el pueblo y que se llevaría a uno de los seres más queridos de la región. Dejó la taza de café que se estaba tomando junto a la chimenea, porque sus manos comenzaron a temblar invadidas por la incertidumbre y sus dedos se endurecieron por la tensión de aquel aviso inesperado. Tenía docenas de pócimas para recobrar la tranquilidad, pero no utilizó ninguna porque en su destino, como en el de todas las curanderas, estaba escrito que no podía utilizar su poder para bien propio. Como pudo, agarró una botella de mezcal puro y le dio un trago, entonces recobró la paz necesaria para investigar la identidad de la víctima. Tomó tres granos de maíz morado, abrió el pico de su gallo de la adivinación y los depositó directamente en el buche.

-¿Quién es? -preguntó.

El gallo iba a darle la respuesta, pero su ama ya no lo escuchó: cayó muerta.

Leticia M. Hernández Martín del Campo

la muerte rondaba en el pueblo y que se llevaría a uno de los seres más queridos de la región. Dejó la taza de café que se estaba tomando junto a la chimenea, porque sus manos comenzaron a temblar invadidas por la incertidumbre y sus dedos se endurecieron por la tensión de aquel aviso inesperado. Tenía docenas de pocimas para recobrar la tranquilidad, pero no utilizó ninguna porque en su destino, como en el de todas las curanderas, estaba escrito que no podía utilizar su poder para bien propio. Como pudo, agarró una botella de mezcal puro y le dio un trago, entonces recobró la paz necesaria para investigar la identidad de la víctima. Tomó tres granos de maíz morado, abrió el pico de su gallo de la adivinación y los depositó directamente en el buche.

—¿Quién es? —preguntó  
Leticia M. Hernández  
El gallo no le dio la respuesta, pero su ama ya  
no lo escuchó: cayó muerta.



## *La señorita Rocío*

El misterio con que nos reunieron en el auditorio, nos hizo pensar que algo malo había pasado. Los seis grupos de secundaria fuimos ordenándonos en fila en los asientos de un recinto que sólo se abría para reuniones masivas de padres de familia o ceremonias solemnes.

Después del bullicio que antecede a una sala que está a la expectativa, los toques en el micrófono nos anunciaron que la directora iba a hacer uso de la palabra. Una vez terminado su acostumbrado discurso inicial, empezó a hablar de la "tremenda responsabilidad de un maestro" de "su ejemplar conducta" y demás cursilerías que se exaltan los quince de mayo; nos extrañó ese tema pues todavía faltaban muchas semanas para esa fecha y además su tono fue haciéndose más severo. El nerviosismo de la directora era notorio porque sus frases eran interrumpidas por carraspeos o tos, hasta que con el volumen más bajo, declaró: "Por razones que no vale la pena mencionar ahora y en nombre de la mesa directiva de este Instituto, y de quienes lo representamos, les comunico que la licenciada Rocío Valenzuela Montes ha renunciado a la titularidad de Historia y Civismo, y por lo tanto se retira de este colegio definitivamente". Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, una gran mayoría nos levantamos del asiento y un ¡no puede ser! resonó casi al mismo

tiempo. Nos veíamos unas a otras incrédulas y repetíamos ¡No! ¡No! ¡No!

La señorita Rocío era, no una, sino la única alegría de ese Colegio embadurnado de estatutos, disciplina y conceptos asfixiantes. Quienes presidían aquella reunión se esforzaban infructuosamente en calmar los ánimos de esa chiquillería rebelde y desconcertada que nos negábamos a aceptar la renuncia de una queridísima maestra, que ni siquiera estaba presente para explicarnos de frente, el por qué de esa decisión.

Un encorbatado se puso de pie -seguramente el padre de alguna alumna- y con impaciencia y coraje golpeó el escritorio hasta que nos hizo callar: -Son demasiado jóvenes para entender muchas cosas -dijo el señor, con el clásico acento del adulto que no puede concebir inteligencia en alguien que tenga menos de quince años. -En lugar de la licenciada Valenzuela -continuó- se pone a sus órdenes la maestra Sor María del Consuelo Martínez, aquí presente. -Unos abucheos se dejaron oír, y los golpes en el escritorio sonaron de nuevo, violentamente. Muchas lloraron, otras se enojaron y algunas como yo, nos quedamos desconcertadas.

\* \* \*

Un auto compacto de color amarillo y mofle ruidoso, anunciaba la llegada de la señorita Rocío. Decenas de muchachitas nos agolpábamos para abrirle la puerta, cargar sus libros, llevar su bolsa o sus lentes. Con una risa sonora y contagiosa nos recibía, nos palmeaba la espalda, nos revolvía el fleco; pero sobre todo, nos iluminaba el día. ¿Qué tenía la señorita Rocío que nos fascinaba a casi todas las alumnas del Instituto Orientación? Ahora que lo recuerdo, no era ninguna belleza de concurso, pero su personalidad imponía en el salón de clases. Sabía ser dulce o dura cuando era pertinente; así como también cumplía sus promesas, ya sea a favor o en contra. Era también alérgica a las mentiras, su lenguaje era "hablar con la verdad aunque fuese, en ocasiones, dolorosa". Una de sus mayores virtudes era saber escuchar; permanecía tan atenta, como si lo que decíamos fuera lo más importante en el mundo y su reloj fuera sólo un adorno. Yo buscaba en balde tener algún conflicto para llamar su atención, pero a mis trece años, todavía no sabía lo que era un problema que no fuese una operación matemática.

La señorita Rocío no era una maestra del montón. Nos enseñó a entender la Historia y a cuestionarnos sobre el proceder de nuestros héroes nacionales. Acostumbraba llevar diferentes textos para confrontar opiniones y así obligarnos a llegar a conclusiones personales. En una ocasión nos sorprendió al llevar a clase, a un anciano de ochenta y

cinco años, con grado de Mayor, que estuvo a punto de ser fusilado en el periodo de Carranza, para que nos relatase de viva voz, su experiencia en la Revolución. En fin, su entusiasmo por la Historia, nos hizo apasionarnos por el estudio de esa disciplina; de manera que la Decena Trágica, la muerte de Belisario Domínguez, el periodo de Calles o el asesinato de Obregón fueron hechos que han quedado en nuestra memoria, claramente definidos.

En aquellos años, a la escuela se asistía por la mañana y por la tarde. Entre los dos turnos había un lapso de tiempo justo para comer y descansar un poco. La señorita Rocío vivía en un municipio alejado del nuestro y trasladarse al Instituto le llevaba cuarenta minutos aproximadamente; en un principio, según nos dijo, comía en un pequeño restaurante porque le era imposible ir a su casa. Poco después, fueron tantas las invitaciones a comer por parte de algunos padres de familia que vivían en las cercanías del colegio, que nunca más tuvo que comer sola en un lugar público.

Yo era demasiado tímida como para atreverme a invitarla; pero muchas veces tuve oportunidad de estar presente, también como invitada, al mediodía, en casa de Graciela, una de mis mejores amigas; cuya familia gozaba frecuentemente de tenerla en su mesa. Daba gusto observar la naturalidad con que se conducía y cómo su sencillez cautivaba a sus anfitriones: ayudaba a poner la mesa, a servir los

alimentos, a lavar los trastes y además siempre llevaba un postre sorpresa. Quienes la conocían comentaban: ¡tiene un carisma especial!

Nadie es perfecto y por supuesto, ella no era la excepción. Sus defectos más graves eran tres: fumar un cigarrillo tras otro, tomar Coca Cola a todas horas y tener quince kilos de más.

Una de las ventajas de mi carácter introvertido era que me permitía ser muy observadora y estar atenta a lo que sucedía a mi alrededor. La señorita Rocío no era bien aceptada por sus compañeras de trabajo. Las maestras la miraban recelosamente y a sus espaldas hacían comentarios ácidos, bastante desagradables. Nunca, como entonces, he logrado identificar tan bien la envidia en el rostro de una persona, como en el de las maestras de matemáticas y ética.

Quizá el mayor defecto de la señorita Rocío fue el permanecer tan ajena a eso y no haberse protegido de aquellas víboras que se enroscaban a su alrededor y amenazaban con inyectarle su veneno.

A medio año escolar, le quitaron la titularidad de nuestro grupo. Esto fue un golpe bajo, tanto para ella como para nosotros. El hecho fue tan arbitrario que quisimos organizarnos y oponernos ante la dirección. La misma señorita Rocío nos obligó a

desistir porque con nuestra actitud podía peligrar su empleo.

Poco tiempo después, al regresar de vacaciones por Semana Santa, nos enteramos que esos quince días de "invitación a la reconciliación y al perdón" según nuestras tradiciones católicas, habían servido para urdir un plan, donde la señorita Rocío recibiría el tiro de gracia.

\* \* \*

-¿Lesbiana?, ¿qué es eso?

-¿A tu edad y no sabes, pero en qué mundo vives? como los "jotos", pero en las mujeres así se llaman.

-¿Es que no puede ser? ¿Quién inventó eso tan horrible?

-¡Imagínate! Alguna mente enferma.

-Pero...¿Cómo pudieron creer eso?

-Porque lo atestiguaron tres alumnas y dos maestras.

-¿Quiénes son?

-Lo mantienen en secreto pero no sería difícil averiguarlo.

-Pero nuestras hijas también pueden atestiguar lo contrario. ¿En qué se basan para acusarla de perversión?

-Recuerdas que las niñas de Tercero "A" le hicieron una fiesta sorpresa a Marilú, por sus quince años?

-Sí, ¿y qué?

-Pues, según esto, una de las compañeras, Diana, llegó muy arreglada con un vestido de tirantes que llevaba un saco tipo torero muy llamativo, y la señorita Rocío le pidió que modelara. Diana, haciéndose la payasa, tarareó la tonada típica del "strip-tease" y se quitó el saco coquetamente.

-¿Y luego qué?

-Que de ahí le agregaron e hicieron un cuento muy largo y muy sucio.

-¿Cómo puede ser posible que una estupidez de adolescencia sea tomada como el argumento de una difamación?

-La verdad es que la odiaban por todo el éxito que tenía en la escuela y buscaban desde hace tiempo hacerle daño. De pronto se presentó una circunstancia que favoreció sus propósitos y...

-¡Pero ¿por qué con algo tan mezquino?!

-Porque la envidia así es.

-Y... ¿Qué vamos a hacer?

La madre de Graciela dijo muy triste: -nada, porque Rocío no quiere luchar. Ella me pidió que les agradeciera todo nuestro apoyo, pero no se siente con fuerza de entablar una demanda. Está tan deprimida y tan asustada que sólo de pensar en la publicidad que se pudiera dar al asunto quisiera morir. -Además, -me

dijo- siempre quedarían dudas, -lo que hace temer que jamás volverá a pisar un salón de clases.

-¿Y entonces nos vamos a cruzar de brazos?

-Por el momento sí, porque nuestras hijas podrían ser objeto de represalias o incluso perder el año escolar.

Aquella conversación de nuestras mamás, que escuchamos tras la puerta, nos aclaró el misterio de esa mañana en el auditorio. Entonces supe, por primera vez lo que era estar en un serio problema.

Aunque han pasado muchos años de aquello, en mi memoria está muy vivo el recuerdo de nuestra querida maestra despidiéndose de nosotros con los ojos enrojecidos. Cuando nos llegó el turno, mi madre le aseguró que tarde o temprano, la verdad saldría a la luz. La señorita Rocío le contestó algo que nunca olvidaré: "Levantar un falso a una persona es como rasgar y sacudir una almohada de plumas en la cima de una montaña; recuperar su prestigio implicaría recoger hasta la última pluma arrastrada por el viento".

## La Receta

Son las tres de la tarde. Esperabas justo esa hora para salir y así no toparte con nadie en la calle. Casi todos duermen, sobre todo hoy que es sábado y la temperatura alcanza ya los treinta y ocho grados centígrados.

Antes de salir, doblas dos veces un trozo de papel y lo guardas entre el pecho y tu ropa interior. Cuidadosamente cierras la puerta del jardín y cruzas la calle de prisa. Caminas dos cuadras para llegar a un pequeño centro comercial donde está lo que buscas. Sólo diez minutos y ya vienes de regreso. Habías memorizado muy bien el nombre.

Caminas con el repetido deseo de no encontrarte con nadie, y es que eres tan sociable que cualquiera te conoce por allí. Hacía buen tiempo que no caminabas tan de prisa y te sientes cansada. Sudas "a chorros" y no sabes hasta qué punto ese sudor es producto del calor o del nerviosismo. Tu cuerpo no ha logrado recuperar su silueta normal pero es que apenas cumplirás dos meses que estuviste de parto: tu tercer hijo.

Abres la puerta de la reja y rodeas por el pasillo lateral para llegar por el patio y simular que sigues lavando. Te asomas por la ventana de la cocina y todo

parece tranquilo. Tu "mandado" no te ha tomado más de quince minutos.

Entras "como si nada" y tu marido todavía duerme en el sofá de la sala; la niña mayor mira en la televisión un programa infantil y el bebé sigue durmiendo en la cuna, tranquilo con su chupón. Tu otro pequeño seguramente sigue con el niño de los vecinos.

Respiras profundamente y te animas porque piensas que todo será fácil y rápido. Entras al baño y cierras la puerta con llave; sacas del monedero una pequeña bolsa de celofán que protege un comprimido, lo desprendes y lo dejas sobre la base del lavabo. Te quitas la pantaleta y subes la pierna derecha hasta apoyarla en el asiento del inodoro, atrapas la pastilla entre el índice y el medio y muy despacio la introduces por el conducto vaginal. Sientes que no hubo necesidad de penetrar mucho porque tienes la impresión de que algo como una aspiradora, la ha absorbido vorazmente. ¡Ya está!, has dicho en voz alta. Te arreglas la ropa y lavas tus manos. Apoyada en la puerta esperas a que te suceda algo, pero ... nada sucede.

Si esto no resulta, ignoras qué podrás hacer. Esperas un tiempo razonable, pero, ¿cómo? ¿estás llorando? Te limpias los ojos con rabia y observas el reflejo de tu cara en el espejo. Entre lo mucho que has

llorado los últimos días y lo poco que duermes por las noches, estás hecha un desastre.

¿Cuánto tiempo llevas allí, encerrada? ¿diez, quince, veinte minutos? No lo sabes, pero lo suficiente para darte cuenta de que no resultó.

Sales y afuera todo sigue igual. ¿A quién le importa lo que te pasa? Si tu marido ni siquiera ha notado cambios en tu comportamiento ¿qué puedes esperar? El jamás ha entendido nada acerca de la psicología femenina, las depresiones post-parto, las angustias por el retraso del periodo menstrual. Para la mayoría de los hombres estas cosas son tan difíciles como aprender el chino.

Te sobrepones y decides preparar cinco onzas de leche porque en cualquier momento tu chiquito la exigirá. Además debes continuar con tu rutina: desde hace rato la carga de ropa terminó su ciclo de lavado y debes extenderla en el tendedero. Levantas la cesta con la ropa y ese solo esfuerzo activa algo por dentro, un líquido espeso moja tus piernas. Avientas la cesta y ves que rápidamente se forma un charco de sangre ante tus ojos.

La sorpresa no te permite ni gritar; corres hacia adentro directamente al baño, alcanzas una toalla y sentada en el suelo esperas que la hemorragia se



detenga, pero algo se remueve por dentro como un hervor. De pronto, a tu alrededor, todo está oscuro.

Un bebé llora, una niña grita, un hombre se despierta asustado y luego, sábanas, sangre, toallas, sangre, llantos, mujeres, desesperación y sangre.

No puedes ver, no puedes hablar, sólo oyes, oyes muchas voces; alguien dice que te vacías, alguien, que estás fría, alguien grita que cuidará a los niños. Que alguien le dé la leche a tu niño, por eso llora; ya le toca. Pero no te salen palabras, ni una sola.

Las sirenas de las ambulancias siempre te dieron mucho miedo y te persignabas al oírlas. Ahora te conducen en una de ellas a gran velocidad y te mueven, te inyectan, te hablan y te vas, te vas lentamente. Sí, era cierto lo del túnel.

Nunca quisiste tener muchos hijos; te las habías averiguado para que entre uno y otro se llevaran varios años. Pero esta vez te tomó desprevenida. ¡Qué descuido tan imperdonable! y ¡qué coraje! La noche anterior, mientras tu marido dormía, hubieses querido golpearlo. ¡Si pudieras verlo ahora! deshecho en llanto, derrotado. No se parece nada al macho que te pendejeaba.

Cuando se enteren tus amigas no podrán creerlo, llorarán mucho; pero una más que todas. Sí, la

que te dio la "receta", esa receta que te encontró el médico de Urgencias en el brassiere. Ese papelito doblado que ahora está mostrando a ese pobre viudo, al que palmea en el hombro...

Pero no te preocupes, el pobre se portará como todo un buen macho. Nunca dirá que lo que hiciste fue una pendejada, porque según el dictamen médico, tú ni siquiera estabas embarazada.

Carlos Omar Villarreal Moreno